

CAPÍTULO III

OTRA EXCURSIÓN—CÓMODO CAMPAMENTO EN UN TEMPLO—NOTICIAS DEL MUNDO—VISITA AL SANTUARIO DE UNA MONTAÑA—"EL HABITANTE DEL SANTUARIO"—EL DIOS DEL AGUA—MI CÁMARA EN INMINENTE PELIGRO—FIESTA PARA APLACAR AL DIABLO—FABRICACIÓN DE SOMBREROS DE PAJA.

ANIMADO por los buenos resultados obtenidos en San José, proyecté desde luego una excursión al templo de las Guayabas (en huichol *temoliquita*, "donde los árboles y las flores están en botón"), situado á corta distancia al sur de San Andrés y á menor altura. En esta expedición dependí principalmente de la buena voluntad de un curandero huichol llamado Máximo que, por haber vivido mucho tiempo entre los mexicanos, hablaba el español, era menos desconfiado de los extranjeros y más sociable que la generalidad de los indios.

El sol había secado el resbaladizo y retorcido sendero que descendía rápidamente hacia Guayabas, á donde llegamos sin contratiempos, encaminando nuestros animales directamente al interior del templo para desensillarlos y desatar la carga. El sacerdote en funciones, amigo de Máximo, salió á recibirnos, manifestándose dispuesto á satisfacer nuestros deseos. Nos llevó asimismo gran cantidad de leña y algo que comer. Como de costumbre, comenzó la lluvia al oscurecer, pero habiendo hecho encender fuego y sentádome en un equipal que el *shaman* Josecito me proporcionó, consideré que disponía de un campamento cómodo, seco, caliente y bien ventilado, que más de un viajero envidiaría.

Josecito gozaba en San Andrés la reputación de hechicero, por lo que nunca se atrevía á salir de su rancho, muy próximo al templo. En su propio distrito, sin embargo, se le consideraba como hombre poderoso en punto á hacer llover. Fuera de dicho rancho y de otro más, había varias casitas vecinas al templo, que servían de habitación á los oficiantes durante las fiestas. Las tales, que eran circulares y rectangulares, hallábanse entonces abandonadas y con piedras en las aberturas que servían de puertas. Una noche que tuve que dormir en la más pequeña, vi que apenas era suficientemente larga para poder extenderme por completo. Es constante en toda la región ocupada por los huicholes, encontrar ranchos cerca del templo, pero por regla general no acostumbran vivir junto á los lugares consagrados al culto, en donde únicamente se reúnen en tiempo de fiestas. Entonces los oficiantes y sus familias se alojan en los santuarios próximos. En Guayabas, el único de éstos que había era demasiado pequeño para servir de dormitorio, y como los demás santuarios se hallaban á bastante distancia, se habían construído cuartos especiales.

Durante mi corta permanencia en aquel sitio, iba gente todos los días por orden del curandero. Las mujeres me llevaban tortillas y la bebida agradable y ligeramente espesa que llaman atole, atenciones que yo correspondía regalándoles cuentas de vidrio, extraordinariamente apreciadas por los huicholes.

Ocurrió un día un incidente divertido, motivado por la repentina llegada de un indio con noticias del resto del mundo. El Jefe Político del Territorio de Tepic había tenido la bondad de enviarme mis cartas á pesar de la gran distancia, y el oficial de Jesús María, ordenó á su vez que me las llevaran. Esta circunstancia me fue de grande utilidad, primeramente porque me favoreció á los ojos de los indios el ver las consideraciones que me mostraban las

más altas autoridades, y después porque entre la correspondencia iba una invitación para que tomase parte en el Noveno Congreso de Americanistas, que iba á reunirse en México en noviembre de aquel año (1895). Aunque no podía aceptar, me fue muy grato recibir tal recuerdo de un centro civilizado, en aquellas bárbaras soledades.

Por la noche fueron algunos servidores del templo á preguntarme si algo necesitaba. Iba entre ellos un joven sacerdote quien al entrar al templo se adelantó al fuego, arrojó en él un pedazo de leña, y permaneciendo en pie comenzó á orar de esta manera:—"He llegado aquí sin tener ningún accidente en el camino. Aquí estoy á tus órdenes; ayúdame de nuevo cuando vuelva á mi casa para que nada me suceda." Concluídas sus devociones, puso algunas brasas en una vasija de barro, echó copal en ellas y dio una vuelta alrededor, á fin de que el incienso se extendiese por todas las paredes.

Las personas principales del lugar me acompañaron á visitar un adoratorio situado en lo alto de la montaña, que está al noroeste del templo. Al cabo de una hora de subir, nos encontramos en la cima, en un bosque de corpulentas encinas, y á poco llegamos á una construcción rectangular casi insignificante, hecha de piedra y lodo y techada de paja. Se levantaba en un pequeño claro, á sólo veinte pies del precipicio que cae al arroyo de Guayabas. Al acercarnos noté numerosas puntas de flechas que salían del techo. La entrada, como de costumbre, sin puerta, veía al norte.

Así como los indios hubieron efectuado su paseo circular en torno del santuario, penetré al interior con dos de ellos. Hallamos regados en el suelo muchos objetos característicos del rito, tales como flechas, escudos, cuernos de venado, etc., todos de desecho, porque cesan de tener valor después de un transcurso de cinco años. El altar, colocado en el fondo del pequeño edificio y hecho de piedras unidas sólidamente con tierra, estaba completamente

lleno de flechas clavadas perpendicularmente en equipalitos, con otros muchos objetos simbólicos, como "ojos, camas, etc.," y cubría el techo una verdadera masa de flechas ceremoniales con plumas y otros adornos.

Comencé á levantar varias de las cosas tiradas, pero los indios, con muy buen sentido, me dijeron que escogiera de las nuevas, pues conforme á sus ideas dichas cosas disminuyen en mérito con el tiempo, y daban por sentado que lo que era de poco valor para ellos, tampoco podía tenerlo para mí. Aproveché la indicación reuniendo en pocos minutos una valiosa colección etnológica. Llamé al cabo la atención de mis compañeros hacia una canasta que descubrí en el altar, entre multitud de saetas. Era del género de las que los indios emplean para llevar los útiles de que se valen para fabricar sus flechas. La cesta, baja y angosta, como de doce pulgadas de larga había sido puesta sobre una de las sillas pequeñas, y tenía enfrente un guaje con tesgüino, de todo lo cual inferí que algo importante se guardaba en ella, por lo que no vacilé en levantarla. Al tratar de hacerlo, derramé el líquido, que evidentemente constituía una ofrenda, pero los indios no se inquietaron por ello.

"Tal vez no le permitan á Ud. abrir esto," dijo Máximo, "porque adentro está el habitante de la casa." ¡El habitante! . . . imposible que pudiera yo dejar de conocerlo. Manifesté del modo más expresivo que pude mi deseo, asegurando que no pretendía llevármelo, sino únicamente verlo, y como consintieran los indios, dos de ellos abrieron la cesta y desenvolvieron con toda reverencia un lío de trapos que allí tenían guardado.

Lo primero que apareció fue la parte inferior de una flecha desprovista de plumas, pero hermosamente decorada con dibujos simbólicos. Se considera esta porción del arma como su sitio vital, como su corazón, y representa por lo mismo á toda ella. En seguida aparecieron varias pequeñas rodela, tejidos y un cascabel de víbora. La ser-

piente pertenece al dios, y es un guerrero que lleva siempre consigo su sonora "campana." Desenvolviendo un poco más se descubrió una pesada piedrecilla verdosa, vetada de algunas rayas amarillas, la que se me permitió tomar en

mis manos. El mineral, como de una pulgada de largo, se hallaba en su estado natural: era el tal un dios muy poderoso según me explicaron los indios. "Vino del mar azul," me decían, "y es el Hermano Mayor." Su color y origen lo hacen considerar como gran dios del agua, y para los huicholes no solamente está vivo, sino que es un guerrero á quien se debe la mayor veneración. Devolvíles desconsolado á su dios, que fue envuelto de nuevo, colocado en la canasta y sentado en el equipal como en un trono.

Desde que llegué había estado oyendo un ruido lejano semejante al de una catarata, y no bien hube acabado de examinar satisfactoriamente el santuario, me encaminé al filo de la montaña, donde quedé sorprendido por un hermoso paisaje. Encontréme á la orilla de una sima, boca de la barranca de Guayabas; á la derecha se desprendía perpendicularmente sobre una estrecha garganta, una bella cascada cuyas aguas precipitábanse hacia el oeste, yendo á unirse por el cañón al río principal del valle, exactamente á siete millas de allí, pero á trescientos pies por lo menos abajo de donde me encontraba. Crecida como estaba la corriente, pude fácilmente distinguir su curso hasta cierta distancia, fijándome en los árboles. Durante la mayor parte del año, probablemente ha de tener poca ó ninguna agua, á no ser en los lugares donde alcance alguna profundidad. Sobre la cima formada por el lado opuesto del



Pito de carrizo con incisiones que representan cascabeles de víbora. Longitud, 24.5 cm.

cañón divisé otro santuario, pero no se advertían habitaciones. Causaba sorpresa lo desierto que parecía todo.

Al regresar al templo me detuve á visitar una *cutsala* ó fuente sagrada, próxima al camino, que se considera especialmente benéfica para los niños. Su agua forma un pequeño depósito sosegado y cristalino, que nunca se seca. Á su alrededor se ven clavadas numerosas flechas en representación de suplicas y en muestra de adoración á la deidad de la fuente.

Los huicholes adoran al agua; grandes y pequeños se lavan la cara, la cabeza y las manos todas las mañanas para obtener las bendiciones que le atribuyen, especialmente en los manantiales. Estos son lugares sagrados, cuyos dioses son seres maternos ó serpientes que suben al cielo con las nubes y descienden en forma de fecundante lluvia. Todos los que se lavan en ella ó la beben, reciben la salud y la fuerza que emana directamente de la fuente de toda la vida, de la Madre Tierra. Es, pues, el agua el más generalmente reverenciado de los cuatro elementos, y no hay fiesta en que el pueblo no se rocíe de agua la cabeza. Como hay manantiales especialmente dedicados para cada cosa, es constante el acarreo que se hace en guajes, de un lugar á otro, aunque en el último haya agua de sobra. La gente de la tribu acostumbra bañar á los recién nacidos en varias fuentes, y si no es posible llevar al chicuelo, es preciso reunir el agua, no habiendo ninguna más apreciada, para uso interno y externo, que la que procede de los lejanos lugares donde crece el jículi.

Obtenidas de los indios cuantas explicaciones pudieron darnos respecto á las muestras etnológicas recogidas, cargué mis colecciones y volvíme á San Andrés. Era uno de aquellos desoladores días en que, por más que se haga, todo resulta mal: mi mula tropezó sobre una resbaladiza piedra al atravesar el río, y por rara casualidad me libré de un chapuzón, logrando sofrenarla y continuar el as-

censo con ayuda de Máximo, que iba tirando de ella; el aire era sofocante en exceso; debido al constante llover de varios días, muchas piedras y rocas se habían aflojado y caído estorbándonos el paso, y el tremendo estrépito con que se derrumbaban había llegado frecuentes veces hasta mis oídos, la noche anterior. Como á medio camino de la empinada altura, entramos en un pedazo de terreno donde una avalancha había barrido por completo las rocas, doblando ó haciendo astillas los árboles pequeños y los arbustos, como si fuesen cañas, y dejando señales de su paso destructor en una faja de más de veinte varas. Para colmo de molestias sentíame lleno de inquietud por la mula de carga, considerando que los indios jamás cuidan bien á los animales en el camino, y habiéndoseme ocurrido mirar atrás, lo primero que vi fue á mi gran mulo blanco "El Chino," la misma que había tenido tantas desgracias, chocando con el aparejo contra una roca que sobresalía mucho sobre el camino, y cayendo de rodillas. Por algunos momentos me pareció que iba á rodar precipitando consigo al abismo la parte más valiosa é irreparable de mis avíos, estos es, el aparato fotográfico. Quedéme sin respiro, pero el animoso animal volvió á pararse salvando un elemento importantísimo para el éxito de la expedición.

Los fructuosos y buenos resultados de mi segundo viaje me compensaron, al regresar á San Andrés, de las maneras de aquella gente que continuaba mostrándose tan hostil y desatenta como siempre. Los huicholes son muy unidos, y aunque Maximino me había sido de tanta ayuda en Guayabas, careció de influencia en San Andrés, donde la población persistía tenazmente prevenida contra mí, acrecida su mala voluntad por los absurdos rumores que les habían llegado.

Estando allí, fueron llevados al cementerio tres niños en un día. Había motivos para admirarse de que no murieran más pequeños y viejos, dadas las condiciones de la

estación húmeda. Los niños sucumbieron quizás al efecto de la *influenza*, que aun allí era epidémica, especialmente en la infancia, pues en los adultos tomaba más bien la forma de un fuerte catarro. Los indios que nunca ven en las causas naturales las huellas de la enfermedad y de la muerte, atribuían la persistencia del mal á la acción del diablo. Además, en una reciente fiesta celebrada para atraer la lluvia, las velas que se habían encendido en la iglesia, fueron apagadas por el viento de la noche. Supúsose que esto se debía al desagrado del demonio porque no se le había festejado, y que de su cólera provenía la enfermedad, y quedó resuelto por los naturales más caracterizados que debía erigirse un adoratorio al espíritu del mal y celebrar en su honor una fiesta para aplacarlo.

Durante las aguas, cuando no se podía trabajar poco ni mucho fuera de techo, los huicholes se entregaban afanosamente á la fabricación de sombreros, para lo cual entretejen delgadas tiras de hojas de palma con que forman bandas que, cosidas de una manera adecuada, acaban por tomar el aspecto de un sombrero. Conforme van tejiendo las trenzas, las enrollan á modo de culebras que aseguradas de los ceñidores llevan los tejedores por donde quiera que van, como una alemana su costura. Sus dedos parecen incansables. Aun en las sesiones de su tribunal primitivo, no cesan los jueces de estar trenzando su palma mientras se procede á los debates y se dicta la sentencia. Aunque la idea de esta fabricación les haya llegado de sus "vecinos," modifican el estilo de acuerdo con su propio gusto, haciendo las faldas extraordinariamente anchas y fuera de toda proporción, con la copa tan pequeña y tan baja que parecería imposible que tales sombreros se sostuviesen sobre la cabeza á no ser por el barboquejo.

Las faldas de los sombreros, bien que no están sujetas á los cambios de la moda, son á veces muy primorosas, variadas y originales. Crucecillas de franela roja y borlas de

lana suelen adornar la superficie superior de la falda y de la copa que va siempre rodeada de una bonita toquilla tejida á domicilio, y á veces se adorna la falda con pedacitos de hollejo de ciruelas coloradas ó con blancos capullos de madroño.

Durante mi estancia entre los huicholes, obtuve una redcilla de cabeza llamada *huipi* (red), cuyo origen se remonta á los tiempos precolombinos. Es ovalada, hecha de fibra, adornada modernamente en ambos extremos con dos pedazos rectangulares de franela roja, y se pone longitudinalmente en la cabeza, deteniéndola con una fajilla.



Redcilla huichola de cabeza. Ya no está en uso. Longitud de la red, 16 cm.

La monotonía de las aguas fue interrumpida un día por la captura de dos "vecinos" que habían ensanchado sus ranchos á costa del territorio huichol. Las autoridades nativas les ordenaron que devolviesen la tierra usurpada, y como los cautivos se negaron á hacerlo, al punto se les puso presos, dejándolos varios días sin recibir, oficialmente, ningún alimento, pues en opinión de los indios, no constituye la cautividad un castigo, si no va acompañado del hambre. Los indios pueden resistir á grandes privaciones, habiendo habido casos en que á tal grado se les hayan reducido las fuerzas, que al ponerlos en libertad, sólo pueden caminar á gatas. Los dos mexicanos de cuya aprehensión hablo, se salvaron de morir de inanición por la bondad de Don Zeferino, que les mandaba algo de comer; pero las exigencias del estómago vencieron al fin su resistencia y acabaron por prometer que se retirarían del

rancho dejando en garantía una mula valuada en diez y ocho pesos. No deja de ser satisfactorio el que los indios logren alguna vez, por excepción, imponerse á sus "vecinos."

Por entonces me llegó un correo llevándome una carta personal del Obispo de Tepic en que me expresaba sus sentimientos por las molestias que tuve en el Valle de Jesús María y me avisaba que había dado los pasos conducentes á poner las cosas en su lugar, ordenando de un modo especial á los sacerdotes que me prestasen ayuda. Causóme satisfacción esto, bien que ya había yo vencido los obstáculos que tan seriamente habían amenazado retardar la expedición. Posteriormente, el padre de Guaynamota, cumpliendo con las órdenes del Obispo, me envió más de un mensajero á preguntarme cuando podría ir á verme. Por mi parte me limité á darle las gracias por su buena voluntad, evitando al pobre hombre los inconvenientes de los ríos crecidos y de las ásperas cuestas.

Después de mucho buscar encontré quien quisiera acompañar á Maximino á Tepic á recoger mi correo y algunas películas fotográficas que llevaban tiempo de estar allí. Quedé con esto sin compañero para mi proyectada excursión al sur de la región ocupada por los huicholes, cuando á lo mejor le vino á la cabeza á Carrillo, mi antiguo posadero, el ir conmigo. Parecía bastante aventurado aceptar su ofrecimiento en atención á su escaso conocimiento del español; pero como no había esperanza de mejor compañía, preferí el riesgo de exponerme á pasar grandes trabajos, con alguna probabilidad de buen éxito, á permanecer por más tiempo en la inactividad.